

Los fundamentos del desarrollo económico

Michael Novak

*P*ublicamos a continuación un estudio del escritor norteamericano Michael Novak, tomado de su libro *Este hemisferio de libertad*, publicado por el American Enterprise Institute. En él el autor parte de una premisa fundamental: la verdadera fuente de la riqueza descansa en la creatividad humana. En ese orden de ideas, y en el caso de América Latina, la única manera para superar el subdesarrollo y la pobreza es proveer a la construcción de un contexto sociopolítico en donde esa creatividad pueda desarrollarse con libertad y sin obstáculos reglamentaristas.

* * *

MUCHOS EUROPEOS CREEN QUE LAS RAICES DE AMERICA están en Europa. Sin embargo, el historiador colombiano Germán Arciniegas nos ha hecho entender que, en verdad, es todo lo contrario: las raíces de Europa se encuentran en América. Este hemisferio, y no el viejo continente, fue el que promovió el desarrollo económico derivado de la creatividad, el descubrimiento, la invención y la más amplia distribución posible de la propiedad privada. En resumen, fue este hemisferio el que enseñó a Europa la forma más liberadora de economía política hasta entonces experimentada en la historia de la humanidad, esa combinación de democracia y capitalismo que ha dado a los pueblos del Atlántico Norte los cuarenta años más libres y más prósperos de que hayan gozado jamás. Según Arciniegas, el Hemisferio Occidental (este hemisferio de la libertad) ha sido realmente el pionero.

No obstante, a la tarea de la liberación humana iniciada en esta parte del mundo le falta mucho por recorrer. Todavía tenemos una inmensidad de cosas por hacer, especialmente en lo que respecta a los sistemas económicos. En su mayoría, los pensadores de todas las corrientes aseveran que el mayor impedimento a la libertad que aún prevalece en nuestro hemisferio es la pobreza. A pesar de que en él siguen existiendo algunas dictaduras políticas, hace unos años se podían contar con los dedos de la mano: Paraguay y Cuba, Chile y Nicaragua; para 1990, no quedaba sino la de Cuba. Si se compara con las prácticas ejercidas en África, Asia, Europa y el Medio Oriente, la libertad política ha progresado enormemente en América del Norte y del Sur. Pese a ello, la desesperanza económica de más o menos 200 millones de personas en Latinoamérica es todavía un ultraje a nuestras conciencias.

II TRIMESTRE 1991

Centroamérica y Sudamérica son ricas en recursos naturales, mucho más que Japón, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur. Comparada esta riqueza con la de otras regiones del mundo, sus sistemas económicos, sin embargo, no han sido diseñados para utilizar creativamente tales recursos.

La pobreza de millones de latinoamericanos, precisamente por lo innecesaria e incomprensible, es muy dolorosa.

El carácter de la riqueza

¿CUALES SON LAS CARACTERISTICAS Y LAS CAUSAS de la opulencia o de la pobreza de las naciones? Los recursos naturales de las minúsculas islas que constituyen el Japón son escasos y, no obstante, ésta es una de las naciones más prósperas del mundo, en tanto que los de Brasil son gigantescos pero muchos brasileños viven en una extrema miseria. Las fuentes de la riqueza no surgen primariamente de los recursos naturales; su forma original no es material: yace en la mente humana, en la cultura y en los hábitos del hombre.

En su "*Laborem Exercens*", el Papa Juan Pablo II emplea la palabra capital para denotar objetos inanimados como el dinero y las máquinas. Este uso es muy común, pero no toca exactamente la raíz del asunto. La forma original del capital es el patrimonio humano. Luego de la terrible destrucción causada en Europa Occidental por la Segunda Guerra Mundial, el capital material del continente se convirtió en escombros: pero el humano que sobrevivió en las mentes y costumbres de sus gentes pasó a ser la fuente del "milagro europeo". Y, para tal milagro, el recurso humano sólo necesita ser ajustado a una configuración de economía política que lo desencadenara. La causa de la riqueza de las naciones es la imagen dinámica del Creador, implantada en cada mente y en cada corazón. El objeto de una economía política liberadora es el de permitir que esta semilla de mostaza de la creatividad crezca en toda su magnitud.

Todo ser humano nació como un creador. Durante toda una vida, todos somos capaces de crear mucho más de lo que consumimos. Cuando, en cualquier país, la suma agregada de la inventiva humana es mayor que el total del consumo individual, aumenta la riqueza de ese país. La causa de la riqueza de las naciones es, pues, la creatividad humana.

Por ende, para comprender la vida económica contemporánea, es necesario dar mucho más énfasis a los factores espirituales que a los recursos materiales puesto que, aparentemente, estos últimos están pasando a ser cada vez menos importantes en nuestro globo. Los países cuya opulencia surge del espíritu humano, sobresalen por ser los más ricos y crecen con mayor rapidez. Aquellos cuya fortuna depende primariamente de los recursos naturales ven declinar los precios de las materias primas en los mercados, puesto que el mundo, manifiestamente, los está necesitando menos y, en su lugar, constantemente se producen otros nuevos. De tal manera, los increíblemente poderosos circuitos integrados ("chips") de silicón que se utilizan en los com-

putadores son hechos de arena, tan insignificante como abundante. Los precios de materias primas como el cobre han estado experimentando hace largo tiempo una lenta caída. La fibra óptica ha ido reemplazando al cobre. Por una ruta intelectual distinta de la que usualmente es adoptada, llegamos entonces a un punto central: de todos los recursos de que dispone una nación, los materiales son menos esenciales que las mentes y las costumbres de sus habitantes. Las fuentes de la creatividad descansan en el espíritu de la invención, en la disciplina y el orden. En la economía, igualmente, la primacía del espíritu ha sido reivindicada.

Es así como he llegado a mi tesis principal: aquellos que desean emancipar al ser humano de la pobreza que reina en su nación, tendrían que interesarse en su recurso primario: la mente y el alma de los ciudadanos que se encuentran *en el fondo* de la sociedad. La causa de la riqueza de las naciones radica en la habilitación de esas personas. Capacitar o facultar a los pueblos es el primer paso indispensable para lograr un rápido desarrollo económico.

Y eso es lo que ha tenido lugar en varios lugares en menos de veinte años. Es interesante comparar fotografías actuales de Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong y otros países del borde asiático, con las que fueron tomadas en 1945, incluso en 1965, y sus perfiles estadísticos de entonces con los de hoy en día. En 1966, el ingreso per cápita en Corea del Sur era de 125 dólares, y en 1986 llegó a los 2.250. Estas naciones han eliminado virtualmente la miseria y la espantosa indigencia que las caracterizó dos décadas atrás. Como la pobreza es un concepto relativo, partes de su población siguen sufriendo carencias; pero su estrechez actual ya no es la desesperanzada penuria de hace veinte años. El primer punto consiste, por tanto, en que un rápido desarrollo económico puede presentarse con una velocidad sorprendente; y eso es lo que ha ocurrido en numerosos sitios.

El segundo punto se refiere a que un rápido desarrollo económico es una cuestión de *sistemas*. En cualquier parte de la tierra, los seres humanos son capaces de crear. Pero los métodos que dan rienda suelta a su creatividad no son tan universales. El factor crucial radica en si un sistema de economía política libera la inventiva humana o la inhibe. ¿Realmente engrandece las virtudes económicas creativas de los ciudadanos o las castiga? Esta es la cuestión más crítica del desarrollo. Como lo dice Aristóteles, si deseamos construir las bondades de la ciudadanía debemos observar el carácter distintivo de la constitución política, su "ethos", o, lo que es lo mismo, profundizar en el sistema. En algunos casos, éste cuenta más que las personas. En otros, es a la inversa. Los seres humanos son libres para cuestionar individualmente, para criticar y para cambiar los métodos de la economía política bajo los que viven; de ahí que las acciones de los ciudadanos particulares no estén determinadas plenamente por la naturaleza de los sistemas. Los primeros superan a los segundos.

No obstante, el peso de un sistema sobre el individuo es, indudablemente, extremadamente fuerte. Habría que considerar a unos cuantos dignos habitantes de algún país latinoamericano que sufra una tasa de inflación de más del 100 por ciento mensual, y suponer que han logrado ahorrar

el equivalente de unos 14.000 dólares para la educación de sus hijos. Como virtuosos ciudadanos, esos padres preferirían invertir tales dineros en su patria, con el fin de hacer que aumente el capital interno de la nación y a su vez genere un mayor crecimiento. Pero, si lo hacen, el valor de esas reservas terminará erosionado por la tasa de inflación y muy pronto pasará a ser insignificante. Si no invierten sus ahorros en su tierra nativa y en cambio los colocan en el exterior... ¿cómo podrá entonces desarrollarse algún día su propio país? Padecerá de una grave fuga de capitales. De este modo, y de muchas otras maneras, un mal sistema es capaz de frustrar incluso a los ciudadanos de más altas virtudes humanas.

La cuestión central de la economía política pasa a ser, por tanto, la siguiente: ¿En qué forma construimos instituciones... cómo edificamos un sistema... digno de la creatividad con que Dios ha dotado a todas y cada una de las personas? No resulta fácil diseñar, en economía política, uno que sea verdaderamente meritorio para el bien de los ciudadanos, si ellos son como los describen el testamento judío y el cristiano: de libre intelecto y de libre voluntad, e inclinados a imitar a Dios en el aspecto creador, en la verdad, la justicia y el amor. No es sencillo moldear los pobres materiales que constituyen la política y la economía en forma tal que correspondan dignamente a tales ciudadanos.

Sin embargo, esa es precisamente la tarea que los fundadores de las diversas naciones del Nuevo Mundo se fijaron a sí mismos a medida que, durante dos centurias, trataron de crear en este hemisferio un *novus ordo seculorum*.

La creatividad exige propiedad

PUESTO QUE LA FUENTE DE LA CREATIVIDAD vive en todos y cada uno de los seres humanos, es necesario diseñar una economía política que abarque universalmente a todos los ciudadanos, de abajo hacia arriba. Es preciso tratar de proteger y alimentar los privilegios de todas y cada una de las personas, sin excepción. Forzosamente hay que proyectar instituciones sociales que liberen sus virtudes desde sus mismas raíces populares.

Por otra parte, y porque todo ser humano es un espíritu encarnado, compuesto de cuerpo y alma, ese espíritu tiene que ser capaz de expresarse en el mundo material si se espera que la libertad individual tenga alguna eficacia en la historia. A partir de este discernimiento, Tomás de Aquino dedujo la necesidad de la propiedad privada.

Sin una propiedad sujeta al dominio de cada ciudadano, la libertad de acción de ese ciudadano es cercenada. Pero, asimismo, la propiedad privada es un incentivo que pasa de una a otra generación, estimulando así a cada ser humano a trabajar no solamente para su propio beneficio sino también para el de sus seres queridos a lo largo del tiempo. Entonces, una razón más para preferir un régimen que proteja la propiedad privada es la de que, como sistema, le sirve al bien común mucho mejor que cualquier otro. Muchos siglos atrás, san Bernardino explicó esta teoría mediante una pequeña historia:

¿Han oído la fábula del asno de las tres aldeas? Ocurrió en el Valle de la Luna. Había un gran cobertizo cerca del molino. Para poder llevar hasta allí el grano, las tres aldeas acordaron comprar un burro y mantenerlo en el cobertizo.

Un habitante de la primera aldea fue por el asno, se lo llevó a su casa, cargó el lomo del animal con una pesada bolsa de trigo y lo condujo al molino. Durante la molienda, lo dejó libre para que pastara. Pero los campos estaban muy hollados y habían quedado yermos. Una vez triturado el grano, el hombre recogió el trigo y regresó a su hogar con el burro. Descargó al animal y lo devolvió al cobertizo, murmurando para sí: —“Quien quiera que lo haya utilizado ayer, debió darle un montón de pasto. Seguramente no necesita comer ahora”—.

Al día siguiente, un morador de la segunda aldea fue por el asno. Lo llevó a su granja, le puso encima una carga mucho más pesada que la de la vispera y, sin alimentarlo, se dirigió al molino. Ya triturado el grano y la harina descargada en casa, el aldeano regresó al cobertizo, convencido de que quien había utilizado antes al animal lo había tratado y alimentado bien. Y, por supuesto, allí lo dejó, diciéndose: —“De todos modos estoy muy ocupado hoy para encargarme de él”—. Habían pasado dos jornadas sin que el burro probara un bocado.

Al tercer día, alguien del último pueblo llegó a buscar al asno y puso sobre su lomo la más pesada de todas las cargas que había recibido hasta entonces. —“Esta bestia le pertenece a la Municipalidad, de modo que debe ser muy fuerte”—, reflexionó. Y lo condujo al molino. Pero en el camino de regreso, llevando el grano triturado, el burro se mostró habeante y haragán y se detuvo varias veces. El aldeano tuvo que azotarlo y, luego de un esfuerzo agotador, lograron llegar ambos al cobertizo. El hombre comenzó a quejarse: —“¡Bonito asno el que fue a comprar la Municipalidad para servirle a tres pueblos a la vez! ¡Pura basura!”— Y tampoco ese día fue alimentado el animal.

¿Quiere alguien saber cuál fue el final? Al cuarto día, la pobre bestia se desplomó y fue hecha trizas.

Como lo muestra esta fábula de san Bernardino, incluso la sociedad precapitalista logró aprender por experiencia que, aparte de las implicaciones humanas, un régimen de propiedad privada le sirve mejor al bien común que el de la posesión colectiva. Es por ello que la mayoría de las agrupaciones tradicionales y las anteriores al capitalismo prefirieron los sistemas que favorecían el goce individual de los bienes, los mercados y los incentivos. Estos métodos no constituyen el capitalismo; son proverbiales y previos a él. Una organización genuinamente capitalista no nace mientras no haya sido captada otra clase de discernimiento y la sociedad se adhiera a su alrededor: la causa de la riqueza de las naciones es la mente.

Por tanto, las instituciones que propician los inventos, los descubrimientos, la difusión de la educación universal y la liberación del intelecto práctico individual de las personas, son necesarias.

Esta fue la razón por la cual, en Estados Unidos, Abraham Lincoln se mostró tan decidido a abrir el Oeste mediante una acción crucial del gobierno: la aprobación de la Ley Homestead. Lincoln no quería que su país fuera construido de acuerdo con el sistema social del Sur de la nación, consistente en un gran número de enormes plantaciones. Quería que el resto de Estados Unidos se abriera al principio del trabajo libre, no al de la explotación de esclavos. Su idea se basaba en que la empresa surge de la libertad.

Sin la *Constitución* y la *Unión*, los norteamericanos no habrían logrado su resultado; no obstante, ni siquiera esas son las causas primarias de la gran prosperidad de Estados Unidos. Debe haber algo detrás de ellas que se entrelaza más estrechamente con el corazón humano. Ese algo es el principio de la “Libertad para todos”, el principio que abre el *camino*

para todos... trae *esperanza* para todos... y, consiguientemente, *iniciativa e industria* para todos.

El trabajo libre conduciría a una amplia movilidad ascendente en todas las partes de la sociedad y asimismo a una prosperidad muchísimo mayor, mediante el uso de la inteligencia individual de cada persona aplicada a los problemas inmediatos apremiantes. Cien mil granjeros independientes tienen más inteligencia que una pequeña banda colectiva de autoridades estatales tratando de planear una economía. Esta era la hipótesis y fue el experimento. De ese experimento nació la opulencia de Estados Unidos.

La creatividad humana exige el dominio de la propiedad por parte de los particulares; y, para llevarla al máximo, es igualmente necesario aumentar en grado sumo la posesión privada de los bienes.

Y es preciso hacer esto desde el punto más bajo, en el fondo de la sociedad. Como ideal, una buena organización social tendría que buscar la posesión universal de la propiedad, y ésta no necesariamente se relaciona con la tierra. Puede ser ejercida mediante el dominio privado y liberalmente distribuido de los medios de producción; como por ejemplo, en el sentido de que los empleados tengan acciones o les pertenezca una parte proporcional en la empresa para la que trabajan, o sean dueños de los planes relativos a sus pensiones, o a través de otras modalidades similares.

Pero igualmente existe la propiedad de la mente. El artículo 1, sección 9, No. 8 de la Constitución norteamericana, muestra uno de los pasos más importantes adoptados en este aspecto por los forjadores de la economía política en Estados Unidos:

El Congreso tendrá la facultad... de promover el progreso de la ciencia y de las artes útiles, garantizando por épocas limitadas el derecho exclusivo de los autores a sus respectivos escritos y descubrimientos.

Aquí queda incorporada a la ley pública un importante planteamiento. Una forma crucial de la propiedad en la posesión de las ideas; y las ideas son la verdadera alma de la creatividad. Entretanto, la experiencia muestra que las personas creadoras, como los escritores y los inventores, son estimulados por incentivos, particularmente por el de poseer por un tiempo los frutos de sus propios hallazgos. Es obvio que, si tales ideas no están al servicio del bien común y pasan inadvertidas por el pueblo, no producirán beneficios inmediatos. Pero, de lo contrario, entonces tanto los autores como los inventores deben participar en la recompensa. Estos medios desataron una inmensa ola de creación, innovación e investigación en una forma sistemática, lograda socialmente por primera vez en la historia de la humanidad.

Filosófica y teológicamente, un régimen que hace hincapié en la distribución más amplia y liberal posible de la propiedad privada faculta a los ciudadanos para actuar en el mundo de las cosas materiales a través de sus propios instrumentos físicos. Pero, cuando un sistema de propiedad privada logra realmente llegar a un nivel más alto en pro del bien común que cualquier otro, éste ya no es un asunto filosófico o teológico: constituye una cuestión empírica.

Dos han sido los principales rivales históricos del régimen de la propiedad privada: el tribalismo que describió Julio César entre los clanes ger-

mánicos en la antigüedad y el socialismo ideológico del siglo XIX. Empíricamente, los métodos de colectivismo tribal no consiguieron alcanzar un nivel tan alto en el aspecto del bien común como lo hicieron los sistemas basados en la propiedad privada. Por ello comenzaron a desaparecer de la historia. Y, también en el plano empírico, parece que algo muy semejante está ocurriendo con los regímenes socialistas de hoy: ese tipo de socialismo es condenado a muerte por la naturaleza humana.

No obstante, el problema que enfrentamos no es de índole ideológica. Aunque se trata de una cuestión de sistemas, y por tanto exige una teoría, la solución en sí misma es práctica: ¿Cómo se puede ayudar a los pobres de Latinoamérica para que no sigan siéndolo? Podría lograrse el propósito alrededor del año 2000, o no mucho más allá de ese límite de tiempo, si garantizaráramos los cambios sociales. Como lo han demostrado las poblaciones del borde asiático, en tan corto plazo es factible obtener éxitos semejantes. Aunque partieron de una base económica tan baja, y en poder de menores recursos naturales, finalmente lo consiguieron. Y también pueden lograrlo los latinoamericanos.

¿Qué habría que hacer?

ENTRE LAS ACCIONES MAS IMPORTANTES que deberían ser emprendidas, están las siguientes:

— Dar máxima trascendencia a la propiedad popular, especialmente en el aspecto de la vivienda y de la pequeña empresa, la participación de los trabajadores mediante acciones en las compañías comerciales o agrícolas, y otras formas semejantes.

— Modificar las estructuras legales de modo que la organización de nuevas pequeñas empresas sea económica (que no represente más que el salario de un día), fácil (que no haya que vérselas sino con un solo registrador de la escritura constitutiva), y rápida (que no exija nada más que el intercambio de documentos de solicitud y aprobación a través del correo, en un lapso aproximado de dos semanas). El Estado no crea las compañías (lo hacen los ciudadanos a través de su propio consentimiento voluntario): sólo registra debidamente los certificados de incorporación.

— Cambiar las leyes y reestructurar las instituciones bancarias para que el crédito se convierta en algo universalmente disponible, no sólo para los poderosos sino particularmente para los pobres. Son ellos los que necesitan de los préstamos para adquirir bienes, para crear y mejorar su pequeña empresa, para financiar su educación futura o para ampliarla y, bajo otras consideraciones, para expandir el alcance de sus actividades económicas.

— Modificar las leyes para proteger patentes y derechos de propiedad intelectual, artística o literaria, con el fin de dar impulso a la creatividad y a la inventiva de toda la población, sin excepciones. Cuando se les da la oportunidad, los elementos más talentosos de las clases pobres son los que, con mayor rapidez, se revelan como el segmento más creativo de la sociedad.

— Estimular el desarrollo de los sistemas de la escuela privada, particularmente el bachillerato y la universidad. Y fomentar vínculos entre la edu-

cación y las artes y las ciencias prácticas que son necesarias para el desarrollo económico.

— Concentrar grandes inversiones públicas y privadas en la educación universal generalizada. Y unir ésta a una creciente productividad económica en todos los sectores de la sociedad. El capital humano que evoluciona a través de la educación es la máxima causa de la riqueza de las naciones.

Todas estas recomendaciones surgen de un núcleo central. El origen de la opulencia de un país descansa en sus mismos ciudadanos, en sus capacidades nacionales en cuanto a creatividad, propensión a mejorar sus condiciones, percepciones, hábitos y habilidades que van adquiriendo a medida que se preparan para el activismo económico. La libertad y responsabilidad individual de cada uno de sus habitantes es el "haber" más invaluable de un Estado: tiene que ser mantenido, fomentado, expandido, sustentado.

Para el desarrollo económico es importante proceder en forma universal sin dejar a nadie por fuera. Toda persona tiene obligaciones en pro del bien común; y el bien común es aumentado mediante los esfuerzos y los éxitos individuales de cada uno. Como un todo, la sociedad necesita de las manos y de la mente alerta de su gente. Por ende, habría que ocuparse de garantizar que todos los ciudadanos se preparen para convertirse en activistas económicos.

Hay que decir nuevamente que los incentivos ofrecidos a todos deben ser puestos en su lugar. Empíricamente, atraer individualmente a las personas para que pasen a ser económicamente activas por consideración al bien común no parece tener ninguna utilidad. Es mucho más probable que acepten serlo si ven que, a través de su trabajo, pueden mejorar sus propias condiciones y las de sus familias. Sus motivos son menos importantes para el bien común que el acto de hacerlo realmente. Dios será quien juzgue sus razones para ello; pero, desde el punto de vista de las políticas públicas, basta con que los ciudadanos cooperen industriosa y creativamente con sus congéneres para contribuir al desarrollo de las actividades que constituyen una economía en crecimiento.

Es importante anotar, asimismo, que el activismo económico no es moralmente neutral. Para obrar en forma imaginativa y fructífera en este sentido, se necesita dominar ciertas virtudes cívicas. Y ellas son el *sine qua non* de una economía en desarrollo. Su evolución se produce solamente cuando los ciudadanos están dispuestos a postergar las satisfacciones de hoy con el fin de lograr el crecimiento del mañana. Por ende, el espíritu tiene que triunfar sobre la carne, la construcción del futuro sobre lo efímero del presente, la recompensa tardía sobre el placer inmediato.

Para obtener este resultado, las sociedades tienen que aportar una estructura segura a las prácticas y a la ley. Si nadie puede confiar en la idea de construir un futuro en el presente, si no existe un camino diáfano entre el día de hoy y el de mañana, muchos considerarán insensato arriesgarse y obedecerán ciegamente al principio no siempre cierto de que más vale pájaro en mano que ciento volando.

Una tradición de justicia constituye tanto la condición necesaria para crear expectativas sociales estables, como una valiosísima adquisición

espiritual. Únicamente cuando el pueblo cree que la ley es justa la habrá de respetar. Sólo entonces pueden prosperar esas estables expectativas. El crecimiento económico es uno de los frutos del espíritu humano. Allí no existen atajos; quienes los toman, pagan un precio a largo plazo. (Por eso, aquellos estados del Medio Oriente que se han beneficiado con los dineros fáciles que fluyen del petróleo, habrán de padecer una dolorosa sanción pecuniaria cuando se agote su oro negro si entretanto han invertido muy poco en el desarrollo de los hábitos, las habilidades y las actitudes económicas que generan la verdadera riqueza de las naciones). Los japoneses casi no tienen recursos naturales; su prosperidad emana de la fortaleza y creatividad de su espíritu.

El caso actual de América Latina

LA ECONOMÍA POLÍTICA LATINOAMERICANA hoy en día es todavía embrionaria y se nutre de muy diferentes raíces. En grandes extensiones del subcontinente, es posible encontrar aún la rudimentaria costumbre del trueque, que ha cambiado muy poco desde las épocas de las tribus indígenas. Para un extraño, sin embargo, el rasgo más curioso de las economías de América Latina es el grado en que se hallan controladas por el Estado y el espíritu patrimonialista y mercantilista que heredaron tanto de Portugal como de la España del siglo XV. En algunos sectores, el pensamiento ha sido formado por las tradiciones socialdemocráticas, particularmente venidas del sur de Europa. Entretanto, en las bibliotecas de las universidades es posible ver estanterías atestadas de libros sobre lo que Raymond Aron llamó alguna vez "la Vulgata Marxista".

Obviamente, estas universidades son predominantemente patrocinadas por el gobierno, y es muy probable que sus graduados pasen a convertirse en funcionarios públicos en una u otra forma: como administradores, trabajadores sociales, meteorólogos, ingenieros y otra clase de expertos en escuelas, colegios, hospitales, centros de estudios e institutos de investigación.

Como una especie de experimento reflexivo, habría que preguntarse: ¿Cuánto más de la vida latinoamericana pasará a quedar bajo el control estatal si sus sistemas económicos se vuelven directamente socialistas? Incluso hoy en día, gran parte de la economía en casi todas estas naciones está en manos del gobierno. E, indudablemente, el grado de imaginación, creatividad e iniciativa de millones de ciudadanos de América Latina se encuentra bastante limitado.

Sin embargo, como lo ha demostrado Hernando de Soto, actualmente los pobres, en su mayoría, no son ni obreros industriales, ni siquiera empleados de otros, sino casi todos pequeños empresarios independientes o contratistas. Fabrican artefactos y tratan de comercializarlos, o suministran servicios. Sin el poder de organizarse o asociarse, sin acceso al crédito, sin seguros, estos "informales" despliegan todas las "propensiones al comercio de cambalache y trueque" que es posible encontrar universalmente. Aunque la raza humana es emprendedora, las estructuras legales de las sociedades tradicionales precapitalistas obstruyen y frustran los instintos innatos

de sus ciudadanos activos. Esta es una forma de suicidio económico, un especie de aborto de la fuente primaria del desarrollo de la economía nacional. El pan proveniente de la empresa honrada es arrebatado de la boca del pueblo; el fruto de su mente y de sus manos es aplastado con los pies. Thomas Jefferson advirtió a sus compatriotas, en su primer discurso inaugural en 1800: "El compendio de un buen gobierno es una administración sabia y frugal, que deberá impedir que los hombres se lesionen o agraven a otros, pero de otra manera los dejará libres para reglamentar la búsqueda propia de su industria y su progreso, y no quitará de la boca de los trabajadores el pan ganado por ellos".

En toda la actual Latinoamérica ya han nacido y existen unos 70 millones de jóvenes menores de quince. Durante los años que faltan por transcurrir entre hoy el 2005, estos muchachos estarán buscando trabajo a medida que se van acercando a la mayoría de edad, ¿Dónde se encontrará empleo para ellos?

Únicamente una pequeña proporción de latinoamericanos podrá ser contratada en el campo de la agricultura, que cada año que pasa adquiere mayor eficiencia y menor intensidad en fuerza laboral. Parece difícil que los grandes establecimientos manufactureros vayan a multiplicarse rápidamente aunque, sin duda, experimentarán algún crecimiento. La clave del futuro de América Latina radica, entonces, en una sola coyuntura: la evolución más veloz posible del sector de la pequeña empresa local, cuyo facilitamiento, le será tan esencial al desarrollo económico latinoamericano como lo fue para otros países económicamente exitosos.

La empresa funciona mejor de abajo para arriba. Tiene que contar con la base popular más amplia posible. La riqueza de las naciones no gotea desde arriba: tiene que manar desde el fondo. Los hábitos empresariales son evidentes entre los pobres de América Latina. Ajustados a un sistema que los respeta y los alimenta, esos hábitos sacarán a los indigentes de su pobreza. Esta es la única opción preferencial para ellos, dignos de convertirse en hombres y mujeres libres: es decir, que no deberían seguir siendo pobres sino, por el contrario, triunfadores y dueños de su propio destino económico. Nada fortalece más la democracia que un desarrollo amplio, dinámico y gozado por todos universalmente, lo que le permite a cada uno elevarse a la máxima altura a que lo conduzcan sus talentos.

El error que cometen los marxistas radica en su nostalgia por una teoría del siglo XIX, ya desactualizada, por tanto, que sostiene que el trabajo es la fuente del valor. Pero la mente es esa fuente, así como la causa primaria del crecimiento económico. La equivocación de los socialistas consiste en mantener que la pobreza puede ser superada mediante la redistribución de la riqueza existente, en lugar de entender que se logra mejor al crear una nueva y abundante prosperidad. Es por esto que las actuales comunidades socialistas están empíricamente tan estancadas, descoloridas y agonizantes. (Otro desacierto se basa en darle primacía a la igualdad por encima de la libertad, fortaleciendo así el poder del Estado administrativo). El desatino de los Demócratas Cristianos se origina en el énfasis que dan a la democracia sin captar su condición previa fundamental: la existencia de una economía creciente que permita a los pobres mejorar su situación.

La clave del desarrollo económico es de indole moral. Charles Peguy solía decir: "La revolución es moral, o no lo es en absoluto". La forma de gobierno y la economía deben estar conformadas para nutrir las virtudes de la ciudadanía política y del activismo económico.

Por ende, una revolución social humana exige tres clases de liberación: la liberación de la tortura, de la tiranía, de la ilegalidad y de la anarquía a través de la democracia y de las organizaciones pro derechos humanos; la liberación de la pobreza mediante entidades favorables a la creatividad de todos los nacionales, especialmente los pobres; y la liberación de las energías morales inculcando las virtudes de la obediencia a la ley, la justicia, la cooperación, la inventiva y la empresa, bajo instituciones que sirvan para emancipar la conciencia, la información y la vida cultural de cualquier represión tiránica.

"El Dios que nos creó nos hizo libres", escribió Thomas Jefferson. En la libertad humana (el gran legado de la sabiduría judeo-cristiana) se origina la creatividad mediante la cual hombres y mujeres obedecen a la vocación de convertirse en lo que Dios quiso que fueran: seres hechos a Su imagen y semejanza.